

Editorial

Es increíblemente difícil escribir una editorial. Empezando porque no es muy claro qué es una editorial o para qué sirve. Revisando los últimos números, la dinámica parece consistir en resaltar algún aspecto de la revista, a la vez que se hace una invitación a seguir encarnando *Saga*. En últimas, se trata de una especie de arenga, pensada para ser leída en el lanzamiento del número; porque, claramente, nunca más se va a leer (excepto, quizá, por algún futuro director desesperado por no saber qué es o para qué sirve la editorial que tiene que escribir). Esta es mi interpretación de lo que aquí debería hacer, y de ella lo que hice:

Saga tiene innumerables problemas, tantos que parece estar tambaleando en el filo, en una situación que convocaría espectadores para ver la caída, si a alguien le importara.

Entre estos, resalta la política de corte presupuestal del Programa de Gestión de Proyectos (PGP), el cual financia la impresión de lo que, se podría pensar, constituye el fundamento sobre el que se erige la revista, el soporte físico de nuestro ‘producto’ –la estampilla coleccionable que se entrega semestre a semestre a nuestro público–. Nuestros esfuerzos más sinceros, e ingenuos, no dan abasto a las necesidades que pretenden enfrentar. Y este es apenas el primer número que no cuenta con el apoyo económico por parte del programa para su impresión.

Sin embargo, este no es el más grande de nuestros problemas; de fondo, se deja ver el abrumador fantasma que ha perseguido a *Saga* desde su creación: esta parece ser una revista sin lectores. Nos hemos vuelto –quién sabe desde hace cuánto– una causa monótona, un símbolo vacío para muchos. Al parecer no significamos nada, somos decoradores de bibliotecas principiantes, no más que un evento repetitivo cada semestre.

Y, con todo, ninguno de estos inconvenientes –ni los demás– es extravagante o excesivo. Más allá del tono dramático, la realidad es más amable. Y si no, igualmente de esto se trata un proyecto estudiantil. No es nada nuevo, *Saga* lleva más de quince años en la cuerda floja –somos equilibristas–. En este largo camino, como es natural, ha tenido momentos buenos y

malos, y sería necio dejar que la cotidianidad opaque el gran momento por el que pasa.

De principio, la ocasión que nos reúne ya es suficiente para adoptar una actitud de celebración: ¡hemos concretado un número más! Pero no se detiene. Nuestro nivel académico sigue sobresaliendo. Continuamos inaugurando la extensión web de la revista, trabajando duro en nuestro nuevo proyecto. Los eventos y convocatorias se avivan cada vez más. Y nuestro alcance sigue aumentando.

Cabe, entonces, agradecer a las anteriores generaciones, quienes han hecho posible la situación actual. El esfuerzo de ellos es el que debe tomar crédito por los resultados que hoy disfrutamos. En cuanto a nosotros, esperamos hacer *nuestra parte*.

Apostaría que *Saga* ya se ha enfrentado a los mismos problemas antes. Para nadie es un secreto que la filosofía no pasa por un buen momento de popularidad desde hace ya unos cuantos años. No obstante, para bien o para mal, siendo considerablemente antigua, *Saga* siempre va a ser joven. Nuestros esfuerzos, por pequeños que sean, no van a cesar. Seguiremos moviéndonos. Pues, como ilustra el profesor Ángel Rivera en su editorial número 30 de esta, nuestra revista, los logros de una generación implican retos para la siguiente.

Santiago Flórez
Universidad Nacional de Colombia